

¡Que treinta años no es nada...!

Miguel MUNÁRRIZ*

Es cruel. Es muy cruel obligarnos a hacer memoria. Los actores vivimos de ella, sí.

Pero también vivimos con ella.

Sin esa potencia del cerebro no podríamos trabajar, recordar los textos en el escenario. Es más, trabajamos con la esperanza de permanecer en la de los espectadores. Pero somos pasto del olvido incluso en vida, si no estamos estrenando cada dos por tres.

Pero, ¡maldita sea!, tenemos memoria de lo que hicimos. Y somos nuestros mejores críticos, es decir, no nos dejamos pasar una.

Pero a veces, como en esta ocasión, hay que recordar.

Pues se hace.

Tengo la impresión de que en la prehistoria del teatro en Pamplona, del teatro hecho por gente de Pamplona, solo hay un par de nombres de referencia. Valentín Redín y "El Lebrél Blanco". Herederos de aquella "Institución Cunas", con el teatro infantil en su ADN, pronto se adaptaron, el teatro siempre ha sido así, al devenir histórico de la muerte de Franco y al cambio, mejor habría que decir desaparición, del régimen.

Y comenzaron a hacer teatro para adultos. Quedan de aquello recuerdos estupendos de fabulosos montajes, algunos actores todavía funcionando, Manolo Almagro, José Mari Asín, Jesús Idoate, y la impresión del que escribe esto de que algo hubiera debido ser mejor. Menos capricho en la confección de espectáculos, más compromiso con el teatro como hecho social y algo, siquiera algo, de permitir y apoyar la competencia teatral. Y ya se sabe, toda competencia es buena.

En la edad de bronce teatral, como recuerdos, ya difusos, me viene una reunión, convocada por Aranaz y Redín, vaya par de personajes, en la que se anuncia a la ciudadanía la creación del T.E.N. Teatro Estable de Navarra. Ese anuncio fue hecho en el "Pequeño Teatro" de la calle Amaya de Pamplona. Local que ardería poco después víctima de unos descerebrados que creían poder detener las palabras que el teatro escupe y esculpe con un par de estúpidos cócteles "molotov". Brindo a su salud con un "cubata".

El Teatro Estable de Navarra fue definitivo en la configuración del hoy teatral en nuestra Comunidad. Ya no estaba solo, apuntaban Txingurritegi, Pinpilinpaua y otros.

33

*Actor y director

Pero en el T.E.N. y en la posterior escuela del T.E.N., había nombres que siguen siendo referentes en el panorama de las artes escénicas en Navarra. Ignacio Aranaz en Baluarte, Grego Navarro en la gerencia del Teatro Gayarre, Angel Sagüés y yo mismo, actores y directores de escena, también profesores de talleres, Aurora Moneo, actriz y profesora de la Escuela Navarra de Teatro donde todavía dan clase María José Sagüés y Amelia Gurutxarri, la propia Asun Abad...

Pasó a menudo. La primera generación de la Escuela de Teatro también fue una generación abundante y pujante. Deben de ser los tiempos muertos de la historia teatral los que provocan las buenas cosechas de los tiempos vivos.

Porque, a pesar del nombre, no había nada estable.

Valentín hacía teatro literalmente cuando le apetecía y nunca tuvo el empeño o la visión, ni siquiera estando en Príncipe de Viana, de crear una partida presupuestaria para nada teatralmente consistente.

El Teatro Estable de Navarra empezó a devorarse a sí mismo y sus miembros se fueron perdiendo física e ideológicamente.

El resto de compañías peleaba por la profesionalidad exceptuando a Joko, que lo consiguió pronto, pero lo consiguió mal.

34

Así que mi historia comienza en el año 85 del siglo pasado, estando todavía en el T.E.N., cuando comprobamos que habiendo, por fin, una partida presupuestaria del Gobierno de Navarra para la creación de una Escuela de Teatro, pasaba el año, no se ejecutaba esa partida y tanto el dinero como la idea, estaban a punto de irse al vertedero administrativo.

Acudimos a una reunión con el gobierno cultural en el que se nos propuso a varios grupos de teatro la ejecución de aquel dinerillo. La idea era gastárselo en cursillos y cursillitos a mayor gloria del gobernante en cuestión, el PSOE, en aquellos oscuros tiempos.

Tengo la impresión de que logramos meter un gol a la administración, o, por lo menos un goli-to, que menudos cancerberos están hechos los de libre designación. Porque aquella partida presupuestaria se mantuvo en los presupuestos culturales hasta los tiempos de crisis y aún hoy, no se sabe cómo, la institución consigue sobrevivir.

Aquellos grupos hicieron una coordinadora, una asociación sin ánimo de lucro, de esas en las que cabe desde el mejor restaurante del mundo, hasta el mejor yerno del mundo, pasando por el peor grupo de teatro aficionado del mundo. Como una de esas figuras jurídicas nació aquella Escuela Navarra de Teatro. El primer director de aquel proyecto fue Juan Pastor que, asustado ante el frío de la Iglesia de los Javieranos, primer local donde impartimos clases, ante las estufas de butano, primera inversión de la Escuela, y espantado ante el agujero negro que era todavía el Cine Arrieta, local que iba a ser sede de la Escuela, pues este Juan Pastor nos abandonó. Tomé el martillo a la vez que las riendas de la Escuela porque estaba, como Strasberg, en el momento adecuado en el sitio oportuno. Las riendas para llevar el día a día de la ges-

ción y el martillo porque había que construir un teatro y no había ni mucho ni poco dinero para ello.

Ambas cosas y más se hicieron. Se podía haber hecho mejor. Se podía haber hecho peor. Se hizo. En aquellos tiempos llevábamos un retraso de años, más o menos como hoy, con respecto a otras autonomías. No teníamos Escuela, no teníamos Centro Dramático, no teníamos programación. Todo era nuevo.

Creo que iniciamos el camino, que luego han seguido, y mejor, los actuales dirigentes de la escuela, de hacer algo permanente. Conseguimos un local, el cine Arrieta, donde construimos un teatro. Y eso, eso es algo que nadie me va a quitar. Abrir un teatro. En Pamplona, probablemente Valentín Redín tuvo una sensación parecida cuando le dieron las llaves del Teatro Gayarre una vez que la ciudad de Pamplona recuperó su gestión. Después los distintos municipios han levantado teatros en las Casas de Cultura. Pero ya llegaremos a eso. Estamos hablando de poder abrir un lugar donde el teatro va a ser el rey todos los días, donde las compañías van a poder trabajar y el público asistir y ¡ojo!, el alumno aprender. Eso es magia y lo demás, puñetas.

No recuerdo cuál fue la primera función que se exhibió en la Escuela, tal vez alguna de un Certamen de Teatro para grupos jóvenes, de esos que organizaba el Departamento de Juventud del Gobierno de Navarra. Pero sí recuerdo los nervios del estreno, como si yo mismo fuera a salir al escenario. Desde entonces la marcha de la programación ha sido imparable y, para muchos, el teatro de la Escuela es un permanente lugar de encuentro.

He hablado de la programación porque, con ser importante, no fue más allá de un trasunto lógico del devenir de un edificio teatral.

35

Me queda tranquilito y suave en la memoria el día a día de la enseñanza teatral. El abrir la puerta todos los días a las cinco para que la escuela se llenase de voces, de músicas, de gritos de locos y de suspiros de amor. De teorías sobre Sófocles, y de prácticas de la teoría cubista de la voz del Múgica. El olor a sudor y la primera malla de color, todos parecían cucarachas hasta que llego "Fama", la película. El trabajo diario que produjo sus frutos en forma de actrices y actores que por ahí siguen ganándose la vida con el teatro o con lo que queda de él.

Pero desde el convencimiento de que la enseñanza teatral no podía ser otra cosa que formación y formación profesional, me empecé, y algunos conmigo, en la producción de espectáculos.

Por otra parte, y sigo hablando de la producción, en Navarra había algunos grupos aficionados y en Pamplona, aún se me estremecen las carnes, había cincuenta grupos aficionados que mantenían un convenio de representaciones con el Ayuntamiento. Aquello era tremendo. Y lo era, no solo por el díneral que se despilfarraba por las alcantarillas de las cenas de los grupos aficionados, sino también, y eso era lo más grave, por la ínfima calidad de los productos representados en que consistían las representaciones en cuestión. El espectador de Pamplona de aquellos tiempos fluctuaba entre el *Enseñar a un sinvergüenza* que traía la SAIDE, el montaje

del "Lebrel" que tocase, alguna ligera excepción en forma de "Els Joglars" y el subproducto pamplonés.

Por otra parte, y sigo hablando de la producción de espectáculos de la Escuela, quien piense que cada año pueden salir de una escuela de actores de Pamplona diez, quince, siete incluso, buenos actores, que se lo mire, porque un problema serio es lo que tiene entre las patillas. Si vamos sumando eso sería una friolera de setenta buenos actores navarros en diez años. Impensable. Pero la Administración no va a soltar pasta para que en un tercero de carrera no haya más de dos o tres actores matriculados. Había que buscar soluciones.

A mí se me ocurrió disimular aquella escasez invitando a actores navarros a participar en los montajes. Empezamos por aquellos cuentos de Navidad, medio elenco alumnos, la otra mitad profesores. Por aquel chocolate en el descanso de la función, idea del Aranaz, vaya personaje. Por aquel *Proceso por la sombra de un burro* del 87. Y por otro, y por otro, y por otro. Los alumnos se formaban y además se curtían. ¡Buenos tiempos! Después aparece la figura de Ricardo Romanos y aquello se desborda. *El gabinete del doctor Caligari*, *El retablo de las maravillas*... La actividad era constante y nadie venía a preguntar cuántos alumnos teníamos. Siempre había mucha gente en el escenario. Misión cumplida.

A pesar de todo, de los problemas personales, de los dimes y diretes y de los idas y venidas de las relaciones personales entre gentes del teatro, siempre me ha producido satisfacción saber que la Escuela está ahí. En la misma medida que me duele ver cómo el Estable, aquel T.E.N., ya no está ahí.

36

Porque en lo único en lo que uno puede volverse sabio en esto de las tablas es en saber que, el teatro, no queda más remedio que hacerlo en compañía y que, por lo tanto, la vida da tantas vueltas que terminamos por encontrarnos de nuevo, sobre todo en este teatro tan diminuto de la Foralidad.

Yo me largo de la Escuela porque lo de detrás de la mesa todos los días a las ocho y media no era mi idea del quehacer teatral y me lanzo a la aventura del vivir. Cuando oigo a los aficionados hablar de su propia calidad y de lo buenos que son no me queda más remedio que partirme el culo pensando en los cojones que hay que tener para abandonar el sueldo fijo y largarse al mundo de "¿sonará hoy el teléfono?". Y no lo digo por mí, no solo. Lo digo por todos los colegas que viven del euro inestable. Pero siempre me acordaré de lo que decía el Romanos. Que cuando solo le quedaban mil duros, para los jóvenes, cinco mil pesetas, lo mejor que se podía hacer era lanzarse a la calle a gastarlas de manera inconsecuente. Y siempre, siempre, siempre, al día siguiente, a los días, alguien te llamaba para trabajar.

Por ejemplo, Valentín Redín para *Don Juan Tenorio*. Ahí andaba yo, ganándome la vida, con los vuelos en globo y los hinchables, intercalando los trabajos como técnico en el teatro Bretón de Logroño, cuando se produce el fenómeno Valentín.

Sobreviene una maravillosa, estupenda y poco rentable económicamente época. La de las producciones municipales, seguidas de la Compañía Titular del Teatro Gayarre.

Lo de las producciones municipales, magnífico ejemplo de cómo la iniciativa personal puede ser acogida por los políticos en su propio provecho, sirvió para revitalizar la vida teatral en Pamplona de una manera exponencial. Fueron tres espectáculos, *Don Juan Tenorio*, *La ópera de cuatro cuartos* y *La Celestina*, en los que se cumplieron con creces las expectativas teatrales y se crearon relaciones humanas de difícil olvido. Momentos felices y gloriosos con el teatro lleno, el sabor del éxito en la cerveza de después de la función, y la sensación permanente de más, más, más.

Y ese más fue la Compañía Titular del Teatro Gayarre, pomposo nombre que provocaba en mí numerosas carcajadas cuando Valentín justificaba, con su peculiar estilo, la elección del nombre.

Aprovecharé para mencionar a algunos de los que se fueron. A María Eugenia Arístegui, mujer deliciosa, y a mi Manolo Monje. Mío, como lo fue de todos los que trabajaron con él. Pero mío es su recuerdo y así lo digo. Mi Manolo. Y con la Maiken y el José Mari pues hicimos aquella cosa. Y terminó mal. Pero hasta que terminó mal fue muy bien. Una trayectoria errática en la elección de los montajes. Clásico, moderno, nuevos textos, por aquí una *Piadosa*, por allá una *Ratonera*, incluso una *Dina*, la *cerillerita* de difícil explicación. Pero volvimos a los teatros llenos, a los éxitos, cierto que no tan habituales, y al placer de decir verso, y a los compañeros, y a las hamburguesas en el Tropicana.

Pero en el teatro, misterios tiene el ser humano, nos cansamos rápido de ver todo el rato a la misma gente, y aquella *Titular* se fue al garete.

Desde hacía algunos años, Marta y yo habíamos creado “La Nave”, nuestra propia compañía, y con ella andábamos haciendo trabajos y bolos, por aquí y por allá, y por aquí y por allá, porque no sé por qué ocultas razones del destino las compañías navarras de teatro para adultos hemos tenido que limitarnos al por aquí y por allá y no hay manera de pasar de Tudela, ni de Etxarri, si vamos al caso.

Pero vamos a “La Nave”, casi veinte años de vida y muchos, muchísimos trabajos, y lo que ha conformado mi subsistencia, tanto artística como económica.

A mi lado, la Juániz.

Al fin y al cabo, este artículo podría haber sido: “Treinta años de Teatro: diez de los demás y veinte de Marta Juániz”.

En los buenos tiempos, los de antes de la crisis del hijoputa del Bush, la situación fue buena y estable para lo que llamamos “la profesión”. Se crea la Red de Teatros y se amplían las programaciones de los municipios navarros. El Gayarre produce y da trabajo a través de esas producciones a los actores navarros. Las subvenciones, entonces escasas y mal organizadas, suponían “pasta” a la hora de confeccionar espectáculos. Nunca un panorama teatral puede ser idílico, pero yo sabía en octubre de 2007 lo que iba a hacer durante la mayor parte del año 2008, excepto las novedades, como siempre. Y en octubre de 2008 no tenía ni idea de lo que iba a hacer en 2009. Y eso, cuando has cumplido los cincuenta, acojona.

A veces bromeo diciendo que los cómicos cometimos el error de creer que podíamos hipotecarnos como el resto de los mortales. La crisis vino a demostrarnos que los cómicos antiguos tenían razón. Aunque los enterrasen en no sagrado. ¿A quién le importa eso ahora?

Bueno, voy acabando.

La crisis, y determinadas decisiones políticas, han despoblado la profesión. Seguimos tres y seguimos como podemos. Algunos vimos las orejas del lobo.

Otros no. Algunos han tenido más cintura que otros para sortear la crisis. Pero no siento la profesión como en un estado pujante y vivo. Me gustaría volver a hacer el "Tenorio", tal vez solo como "Buttarelli", pero no veo Doñas Ineses y Mejías a mi alrededor. Y eso jode. Porque hemos metido muchas horas para que hubiese teatro a pesar de los políticos y, algo me lo dice, están a punto de ganar.

Pero los millones de actores que han sido antes que yo, y yo mismo, sabemos que el "Teatro"... ganará.